

Reencuentros y despedidas con la sociedad civil. En torno a dos libros de Salvador Giner

SALVADOR GINER

El destino de la libertad. Una reflexión ante el milenio

(Madrid, Espasa-Calpe, 1987)

Ensayos civiles

(Barcelona, Península, 1987)

En los tiempos que corren, al ponerse a hablar sobre eso que se llama sociedad civil es casi necesario empezar con aquel aforismo de Nietzsche que le sirvió a Susan Sontag para encabezar uno de los más espléndidos ensayos de la teoría estética contemporánea: «No existen los hechos, sólo hay interpretaciones.» Y es que últimamente el concepto de sociedad civil es un concepto sobre el que se comenta o se escribe mucho sin que sea verdaderamente mucho lo que realmente de nuevo se pueda ver bajo el sol, y así las variadas, a la vez que confusas, significaciones que viene adquiriendo más parecen determinadas por maniobras u ofensivas de carácter propagandístico —que sirven de camuflaje a estratagemas de la no muy alta política— que a polémicas intelectuales fructíferas.

Sin duda alguna, los que más ruido están haciendo con este tema de la sociedad civil son los ideólogos sociologizantes del neoliberalismo económico, tratando de vestir con un ropaje sociológico bastante antiguo la evidente desnudez de un mensaje tecnocrático y desigualitario que sólo tiene de nuevo el haber formalizado matemáticamente algunas de las hipótesis más viejas de la economía política liberal de cara a presentarlas falsamente legitimadas por la magia, ya gastada, de los modelos de ordenador. Pero para estos «redescubridores» de la sociedad civil el asunto no es demasiado complicado: no es que reivindiquen un concepto que desde John Locke hasta nuestros días ha sido utilizado, reformulado y adaptado a diferentes contextos en un sinnúmero de ocasiones; es que simple-

mente confunden —intencionadamente— sociedad civil con *mercado civil*, tratando de hacer pasar la civilidad por la simple capacidad de establecer, sin cortapisas de ningún tipo, relaciones mercantiles privadas. Si, según Richard Sennett, hay civilidad cuando el desarrollo de un individuo o grupo de individuos no supone un obstáculo para el desarrollo de otro u otros individuos de esa sociedad, en la versión autodenominada neoliberal la civilidad no es otra cosa que la posibilidad de hacer negocios sin que nada ni nadie pueda interferirlos o regularlos, sea con la intención que sea.

El nuevo interés por la sociedad civil no es aquí otra cosa, por lo tanto, que una pieza más en la estrategia del ya bien conocido acoso y derribo conservador a las políticas sociales y redistributivas del Estado del bienestar keynesiano. Todo vale si se trata de modificar la intervención del Estado en la economía —lo de suprimirla ya es una cosa que no llegan a creerse ni los más fervientes ultraliberales actuales— de cara a reducir sus prestaciones asistenciales y sociales y a incrementar los gastos que favorecen la acumulación privada; ahora bien, esta simple maniobra exige desplegar una pirotecnia intelectual bastante considerable, hablando de burocratización paralizante del Estado, *crowding out*, moderno Leviatán incontrolado, efecto desincentivador de los subsidios públicos, ahogo de la sociedad civil por parte del Estado, etc. De todas formas, hoy ya todos sabemos que cualquiera de estas fórmulas acuñadas que tratan de ani-

mar un furibundo y visceral antiestatalismo —empezando por las sinietras, a la vez que grotescas, recomendaciones de la escuela de Chicago— suelen ser más una especie de armamento académico-ideológico para lanzar, a modo de baratija, por los medios de comunicación de masas, que un conjunto de propuestas serias y factibles que puedan implementarse como políticas económicas y sociales estables y duraderas.

Como complemento al tema de la sociedad civil conoce últimamente también gran éxito el del corporatismo. Aquí las teorizaciones son igualmente diversas y confusas, pero, por lo menos, en este punto los hechos son más claros y las implicaciones políticas directas más tangibles. Así, también en su versión más conservadora vemos tildar de corporatista a cualquier acción colectiva que se produzca en el seno del sistema social —eso sí, suelen ser las acciones de los movimientos sindicales, sociales o de afectados, y nunca las de los grupos de presión férrea y seguramente instituidos—; luego se vuelve a hablar de las ventajas de la libre asignación de recursos económicos y sociales (fuerza de trabajo) por parte del mercado, del ataque a la democracia libre y mayoritaria por parte de grupos u organizaciones que no han pasado por el sufragio universal, y por este camino se acaba defendiendo la idea de que la peculiar crisis económica y social en la que estamos instalados —algunos sectores muy cómodamente, por cierto— viene dada por la ingobernabilidad de un sistema presidido por la sobrecarga de deman-

das sociales que se plantean frente al Estado y que anulan el sistema de partidos y de decisión política tradicional. La receta a seguir: reducir la complejización de lo social, reconstruir un Estado de administración controlado según parámetros de comportamiento cibernético, y eliminar cualquier obstáculo que atente contra el funcionamiento automático y eficiente —aunque bastantes veces también tristemente cruel— de los mercados políticos, económicos y sociales.

* * *

Afortunadamente, sobre estos temas, si bien con muchos más amplios contenidos y objetivos, acaban de aparecer dos libros, a la vez muy diferentes y muy parecidos, de Salvador Giner que rompen con las interpretaciones comunes, convencionales o dominantes de toda esta problemática y nos sitúan en un marco de análisis mucho más rico y multidimensional y, por eso mismo, mucho más complicado. En buena medida son la continuación, y en algunos momentos la culminación, de un buen número de trabajos que han venido sedimentando una clara línea de investigación de la que ya habíamos recibido múltiples artículos, libros como *Sociedad masa* o *La sociedad corporativa* (escrito en colaboración junto con Manuel Pérez Yruela), así como una larga serie de prólogos a ediciones en castellano de autores tan significados para sus preocupaciones como Bruno Rizzi, Mancur Olson, Ferdinand Tönnies o el mismísimo Max Weber.

El primer libro que vamos a considerar en estas páginas lleva por título sugerente y escrutador *El desti-*

no de la libertad, y en el subtítulo no deja de referirse a uno de los mitos más extendidos en la cultura popular y académica occidental: «el milenio». Ensayo largo y enjundioso galardonado con el «Premio Espasa-Calpe» del año 1987 para esa modalidad literaria. El segundo es un conjunto de diversos artículos recopilados, algunos de ellos bien conocidos ya, evidentemente modificados, ampliados o actualizados y ahora puestos a la venta en formato de libro, por la firma habitual que se encarga de editar la mayoría de la producción de este autor, bajo un título escueto pero contundente: *Ensayos civiles*.

El ensayo sobre la libertad es como una vibrante aventura oceánica (por la extensión potencial del tema) en la que el humilde lector alguna que otra vez zozobra mareado por el ritmo a que es sometido y por la cantidad de asuntos, así como por la rapidez con que se salta de uno a otro, que allí se tratan; vemos desfilar así a una velocidad de vértigo argumentaciones sobre el feudalismo, la ecología, la guerra, las nuevas tecnologías, la cultura de masas, el consumo, el Estado, la burocracia, la sociedad civil, la nación, la crisis de todo lo anterior y un largo etcétera que nos completaría la página. Pero detrás de todos estos puntos particulares se encuentra una reflexión profunda sobre la constitución y desarrollo de las sociedades occidentales como sociedades que garantizan —o quizás es más propio decir que han garantizado— un marco limitado, pero holgado, para el ejercicio de algún tipo de libertad particular, a la vez que en su misma

razón evolutiva estas mismas sociedades han llevado asociadas contradicciones que han generado efectos perversos o lógicas tergiversantes que, no como degeneración, sino como resultado coherente, aunque en muchos casos autonegador, de su mismo proyecto de modernización y racionalización, acaban por atacar las bases mismas sobre las que en un principio se asentaron los mecanismos económicos, políticos, sociales y culturales que sirvieron para lanzar todo ese proceso.

Se estudian así las tendencias antagónicas a la libertad que ha generado el proceso de constitución de la modernidad occidental: la formación de una sociedad corporativa, los ataques a los límites físicos y sociales del crecimiento exponencial capitalista, la desvalorización cultural y científica impuesta por la mercantilización del conocimiento, la generalización de una evidente escasez social —dentro de la más ostentosa opulencia material— producida por los criterios maximizadores (del beneficio, se entiende) de la economía capitalista, etc. El discurso se corona con un intento de rescate del concepto de libertad justo en estos momentos de aceleración errática del tiempo histórico y de práctica fusión entre el presente y el futuro; de rescate de la libertad, en suma, como única e imprescindible manera de reducir la entropía que amenaza no sólo con acabar con la existencia del hombre social, sino con acabar con la existencia misma.

Ensayo, pues, escrito en clave liberal —pero, esta vez sí, el liberalismo es entendido aquí como un material para la constitución de una so-

iedad participativa y abierta, y no como simple destrucción de cualquier vínculo colectivo o solidario que no esté presidido por lo mercantil—, con argumentos contundentes a la vez que originales, y que sabe evaluar con justeza los efectos positivos y negativos de eso que se viene llamando desde hace muchos años, y por mucha gente, modernidad, y que parece, sin embargo, que para algunos es un concepto nuevo. Evaluación que por su sensatez se aparta de otras mucho más desajustadas y lejanas a la realidad, ya sean aquellas deslumbradas por la efervescencia estética de la modernidad madura (Marshall Berman, por ejemplo), ya sean aquellas otras que hablan de la irremisible decadencia y degeneración de la modernidad catalista, sólo superable de una manera revolucionaria (Perry Anderson). Ni que decir tiene que las rimbombantes afirmaciones sobre el final de la historia, la razón, el hombre, los metarrelatos, lo social, etc. (póngase el final de todo), de los así llamados posmodernos poco tienen que ver con el tono y el estilo que se manejan en estas páginas.

Los *Ensayos civiles* cambian, lógicamente, los presupuestos de partida; son una colección de artículos conocidos, de muy diferentes orígenes y con muy diferentes intenciones, pero, en general, el aspecto monográfico del estudio académico (con citas y aparato bibliográfico abundante) prima sobre el ensayo libre, en el sentido más restringido de este género. Libro con las esperadas, y muchas veces inevitables, reiteraciones e irregularidades que se dan en toda compilación, aun-

que sean de los escritos dispersos de un solo autor, si bien aquí se demuestra una cuidadosa labor de escritura y reescritura para evitar en lo posible este tipo de limitaciones. En cualquier caso, su cantidad de información sobre los temas tratados y la densidad de sus argumentaciones hacen de este libro mucho más que un simple volumen de artículos reunidos por compromiso, para convertirse en un interesante trabajo completo, coherente y acabado (que no cerrado), con existencia autónoma perfectamente comprensible.

Los dos temas que atraviesan claramente el libro son, como era de esperar, el de la sociedad civil, no sólo como concepto, sino también como realidad con un futuro a vislumbrar, y el de las modificaciones que en todos los ámbitos de la vida social, desde la estratificación hasta la moral, ha inducido el fenómeno corporativo. Ambas líneas de argumentación se van entretejiendo y desgranando para servir de apoyo a reflexiones sobre una variada lista de temas como pueden ser el terrorismo, la moral, la libertad, la democracia o el trabajo. Particular interés tienen las acotaciones que Giner hace de las diversas concepciones y teorizaciones básicas sobre la sociedad civil: la liberal, la hegeliana, la marxista y la gramsciana (así como la formulación de un concepto operativo propio de tal término), y las agudas visiones que nos ofrece al enfrentar ese concepto de sociedad civil a la realidad corporativa y tecnoburocratizada que nos está tocando vivir.

Las conclusiones en este punto son

en muchos casos sombrías: uno no puede en algunos momentos dejar de pensar en esa sociedad corporativa que nos pinta el autor como una especie de panorama fantasmagórico del futuro, algo así como aquella temible sociedad de corporaciones mercantiles y anticiviles en lucha que habían reducido el peso de lo social a cero y multiplicado su estratificación hasta una escala complejísima, pero cerrada, de posiciones meritocráticas que nos presentaban F. Pohl y C. M. Kornbluth en esa novela clásica de la ciencia-ficción que es *Mercaderes del espacio*. Sin embargo, la forma de abordar el problema de las relaciones entre la sociedad civil, o sus restos, y la sociedad organizacional, más o menos corporatizada, por parte de Salvador Giner es extremadamente perspicaz y no exenta de originalidad.

Así, las posturas clásicas en el pensamiento occidental, y más concretamente en la sociología académica occidental, se podrían reducir fundamentalmente a dos: una, por ejemplo, la de Talcott Parsons, que veía la sociedad organizacional como el desarrollo único, lógico y natural de la sociedad civil, de tal manera que la corporación y la sociedad civil se integrarían funcionalmente gracias a un sistema de valores comunes e interdependientes. La otra postura, que estaría perfectamente representada por C. Wright Mills, se movería en el sentido absolutamente opuesto; la sociedad corporatizada anula, esclaviza y, en última instancia, aniquila a la sociedad civil, desvalorizándola hasta convertirla en una amorfa sociedad masa; los «señores de las corporacio-

nes», unidos en una indestructible élite del poder público y privado, dirigirían todas las decisiones de interés nacional hacia los intereses propios; la sociedad masa sería, pues, el resultado de la degradación de los medios de expresión democrática de los ciudadanos, de la formación de la opinión pública política y mercantil por los anestésicos medios de comunicación, del dominio técnico de lo social, de la pérdida de la autonomía real de los individuos, etc. La sociedad masa, en suma, sería una caricatura burda y aterradora de la sociedad civil en beneficio de unos fines muy minoritarios.

Giner adopta una postura que quizás, impropriamente, se podría calificar de intermedia; para nuestro autor, el sistema de valores morales de la sociedad corporativa, justamente por su inexistencia esencial, no es nada más que la modificación adaptativa del modelo moral de la sociedad civil; es de esta forma como la indigencia moral de la sociedad corporativa —las estructuras burocráticas, empresariales e institucionales son mucho más poderosas que las morales, que quedan relegadas a un segundo plano bastante anecdótico— fuera recubierta con lo que queda de la urdimbre moral de la sociedad civil, gracias precisamente a su capacidad de adaptación y supervivencia. Sin embargo, esta cultura cívica y moral fundamentalmente burguesa se encuentra permanentemente amenazada por el fortalecimiento de la constitución corporativa de las sociedades occidentales contemporáneas: sólo una defensa férrea de la vieja (y, sin embargo, más ac-

tual que nunca) virtud cívica puede hacer que se mantengan amplios espacios sociales en los que la ciudadanía sea algo más que una coartada retórica para cualquier sistema de dominación.

* * *

Muchas son, en suma, las cosas intelectualmente apetecibles que podemos encontrar en estos dos libros de Salvador Giner. Su planteamiento sobre la sociedad civil y la sociedad corporativa, visto desde el aspecto de la clase social, va mucho más allá y es mucho más realista que las tesis del managerialismo meritocrático —que se encuentran en una larga lista de autores que van desde Burnham hasta Galbraith, pasando por Dahrendorf, Bell y otros muchos defensores de la formación de una sociedad post-capitalista o postindustrial (aquí se puede poner después del post lo que más guste) que ha superado el siempre molesto problema de la clase social—; lo mismo ocurre con su concepción de la sociedad corporativa, mucho más amplia que la del simple concepto de pacto asimétrico entre patronal, sindicatos y gobierno (Jessop y Panitch) o de la del «capitalismo organizacional» (Habermas y Offe, entre otros). Lo malo del enriquecimiento que hace Giner del concepto de sociedad corporativa —una especie de desarrollo weberiano con ciertas incrustaciones marxistas— es que es tan ambicioso, tan amplio, que a veces al lector se le va escapando poco a poco entre las manos, aunque hay otros pasajes en que su claridad y su utilidad operativa son deslumbrantes.

Es también atractiva su visión del

origen, desarrollo y crisis de la idea de razón —y su complementario concepto de libertad— que ha presidido el proceso modernizador occidental en los últimos doscientos años. Lejos de situarse en el optimismo antropológico que ha presidido la mayoría de las corrientes de la izquierda ortodoxa y que acababa confundiendo máxima racionalización técnica —o, si se quiere, máximo desarrollo de las fuerzas productivas— con socialismo, o al menos con posibilidad de socialismo, o de caer en el triunfalismo liberal según el cual el capitalismo de mercado, tal como lo conocemos, es el mejor de los mundos posibles, Salvador Giner creemos que sabe dar al

César lo que es del César y reconocer lo que en materias de libertades y ciudadanía el mundo occidental ha conseguido instaurar, pero también sabe reconocer lo limitado, pobre, injusto, degradado y manipulado que es no sólo el marco de libertades, sino todo el mundo occidental en sí. Ahora que se habla de la era del vacío (Lipovetsky) o de la desaparición (Virilio), o del final de la historia y la razón (postmodernos varios), Giner nos recuerda que, para bien o para mal, no sólo tenemos historia, sino que también, afortunada o desafortunadamente, tenemos historia para rato.

Luis Enrique ALONSO

Las asechanzas del intimismo

HELENA BÉJAR

El ámbito íntimo: Privacidad, individualismo y modernidad

(Madrid, Alianza, 1988)

En nuestra era finisecular, el individualismo se ha pervertido. Más que constituir una prolongación del ideal liberal clásico de privacidad, la noción de lo íntimo que se ha impuesto en la sociedad postmoderna es, en realidad, su inversión. El desencanto, el culto al cuerpo y a la terapia, la actitud de indiferencia y de *désengagement* hacia nuestros semejantes y hacia los asuntos públicos en general son algunos de los fenómenos que marcan el ascenso de la personalidad

enfermiza de nuestro tiempo: el narcisismo.

Tal es el diagnóstico de nuestra época a que llega Helena Béjar tras un prolijo examen del surgimiento y de la evolución de la noción de privacidad en el mundo moderno. Para la autora, «el tema de lo privado constituye un síntoma del malestar de nuestra cultura o, al menos, un signo de su complejidad» (p. 233). Para comprender el origen de la nueva moral que nos invade, reverso de las vie-

jas ilusiones y proyectos de transformación colectiva de los años sesenta, es necesario remontarse a los albores del espacio privado, que tuvo sus inicios en los siglos XVI y XVII.

Según Helena Béjar, los orígenes del ámbito íntimo están relacionados con la escucha del fuero interno propiciada por las sectas protestantes, por una parte, y con el recogimiento que acompaña la lectura en solitario tras la invención de la imprenta y la difusión de los libros, por otra. Los primeros pensadores que empiezan a reflexionar sobre la aparición de la dimensión privada son los teóricos del contrato social ingleses. Tanto Hobbes como Locke, en sus versiones absolutista y democrática, respectivamente, teorizan lo privado como un límite al mundo público, como una resistencia ante el Estado, a quien le está vedado intervenir sobre todo en cuestiones económicas y religiosas. Más tarde, los filósofos del siglo XIX que gestaron la concepción liberal del mundo —en particular, Constant, Tocqueville y Mill—, continuando por esa senda, concebirán lo privado como una esfera hurtada al dominio público, como una conquista que hay que defender y preservar contra las posibles intrusiones del Estado y de la comunidad. Como correctivo a la voluntad general de Rousseau, que podría derivar en el totalitarismo y en la opresión de la minoría por la mayoría, es necesario crear un espacio privado fuerte y libre de interferencias, refugio donde el ciudadano pueda desarrollar cabalmente su individualidad, su autonomía y su racionalidad. No cabe duda de que la con-

cepción de lo privado por parte de la teoría liberal, por más que se trate de una noción defensiva, tiene tintes claramente positivos. Sin embargo, es de reseñar que algunos autores como Constant o Tocqueville empiezan ya a entrever el embrión de lo que en el siglo siguiente se convertirá en los males de la intimidad. Estos autores son conscientes de que, paradójicamente, con el desarrollo de la democracia están asistiendo al nacimiento de un tipo de libertad que se ejerce por omisión y al progresivo abandono de la cosa pública por parte de los ciudadanos.

Con la generación fundadora de la sociología, que empieza a publicar su obra a finales del siglo XIX, el acento pasa del concepto de privacidad al de individualismo. Autores como Tönnies, Simmel, Durkheim y Weber conciben la individualidad no como algo dado, sino construido históricamente. Así, se interesa sobre todo por la sociogénesis del individualismo, por el conjunto de factores sociales que posibilitan su aparición en la era moderna. Con la creciente división social del trabajo y con la ascensión del capitalismo se crean un conjunto de condiciones en las cuales puede medrar un nuevo tipo de hombre con vínculos sociales totalmente distintos. El paso de la comunidad a la asociación (Tönnies), el aflojamiento de la conciencia colectiva y el desarrollo de un nuevo sistema de solidaridad gracias a la progresión de la división de trabajo (Durkheim), la importancia de la economía monetaria y del ambiente anónimo urbano en la sociedad moderna (Simmel), o los paralelismos

entre la ética de trabajo y de ahorro y las prácticas religiosas de las sectas calvinistas (Weber), son algunos de los modos en que estos autores caracterizan los procesos de individuación bajo el impacto de las condiciones de la modernidad.

Tras hacer una incursión en los aspectos transculturales e históricos de la privacidad, Helena Béjar pasa a tratar el tema que más le interesa y que imprime un mayor sello de originalidad a su obra: las asechanzas del intimismo. Según ella, siguiendo a autores tales como Sennett, Lasch o Lipovetsky, se ha producido una ruptura del equilibrio entre las esferas pública y privada en detrimento de la primera. Como reza uno de los títulos más conocidos de Richard Sennett, el hombre público —en franca decadencia— está dando paso a un sujeto frágil y endeble, vuelto hacia sí mismo y obsesionado por el problema de la autenticidad y la comunicación de sus sentimientos. Mientras tanto, el espacio público agoniza, prendido en las redes de la psicologización y la personalización de la vida política. En las sociedades avanzadas de final de siglo tiende a predominar una personalidad narcisista, que Helena Béjar caracteriza con los rasgos de la paz interna como objetivo, el carácter proteico, el deseo desenfocado, el distanciamiento, el supervivencialismo y el culto a la terapia. Con la ausencia de referente público, la comunidad se torna destructiva y los intentos compulsivos de comunicación se saldan con un estrepitoso fracaso. En la medida en que la sociedad se concibe como el ámbito de la impersonalidad

y de la alienación, los individuos se encierran en su caparazón para ponerse al abrigo de las inclemencias externas, con lo cual son incapaces de desarrollar defensas ante sus relaciones con los demás.

Constituye una cierta paradoja el que el culto a la terapia sea precisamente una de las características de la personalidad narcisista que informa en buena medida el individualismo de las dos últimas décadas cuando, para Helena Béjar, el instrumental de análisis que permite comprender la cultura del intimismo es el psicoanálisis. En efecto, el narcisismo no es más que una forma de personalidad inmadura caracterizada por la omnipotencia, el yo como objeto del deseo, la falta de contacto con el mundo exterior, un carácter débil y dependiente, la necesidad compulsiva de los demás, la evitación del conflicto y una actitud de exigencia continua, rasgos todos ellos que remiten a nociones de la psicología profunda. De esta forma, el recurso al psicoanálisis sería, al mismo tiempo, un síntoma del mal-estar de nuestro tiempo y un método válido de diagnóstico de los males de la intimidad.

El ámbito íntimo es una obra compuesta en clave de ensayo sociológico, género, por desgracia, poco cultivado en España, en el que no cabe duda de que a la autora le aguarda un prometedor futuro. El libro está muy bien escrito y su lectura es relativamente amena, cosa que no siempre sucede con los tratados de sociología. Sin duda, *El ámbito íntimo* está llamado a convertirse en la obra de referencia básica sobre los temas

de la privacidad y el individualismo, al tiempo que constituye una importante contribución al debate sobre la postmodernidad, la crisis del liberalismo y, en general, los signos de nuestra época. Permítaseme, sin embargo, expresar mis reservas hacia algunos aspectos de la obra que, aunque no lleguen a deslucir el conjunto, hubiesen podido recibir una mayor atención.

En primer lugar, las simpatías de la autora hacia las teorías de los autores comentados se reflejan en el tratamiento que hace de los mismos. Mientras que pensadores como Tocqueville, Constant o Simmel son analizados con brillantez y profundidad, otros como Tönnies o Durkheim son despachados de una forma harto superficial. Dicho sea de paso, en el tratamiento de este último se han colado un par de errores tipográficos de bulto: solidaridad orgánica en vez de mecánica, y *Gesellschaft* en vez de *Gemeinschaft* (p. 113).

Asimismo, y aunque se trata de un ensayo que se enmarca dentro de la tradición de la historia del pensamiento social y de la teoría sociológica, la obra hubiera ganado en densidad si la autora hubiese optado por explorar algunas de las relaciones existentes entre el advenimiento de la cultura del intimismo y las mutaciones sociales acaecidas en los últimos decenios. Este reproche podría ser injusto, puesto que Helena Béjar declara no ser el objeto de este libro exponer las causas estructurales de tanta mudanza. A pesar de ello, creo que hubiera sido deseable una mayor concreción, por ejemplo, a la hora de

determinar cuáles son los sectores que actúan como portaestandartes de la nueva moral de la intimidad. En este aspecto, nos tenemos que contentar con referencias más bien vagas sobre «ciertas capas —las más ilustradas— de la población» (p. 244) o bien «nueva vanguardia profesional o *high culture* caracterizada por compartir un mismo estilo de vida o *lifestyle enclave*» (p. 196). Esta mayor precisión hubiera sido tanto más recomendable cuanto que los sociólogos muchas veces tenemos tendencia a escribir sobre nosotros mismos y los ambientes en que nos movemos, tomando equivocadamente como mayoritario aquello que tan sólo afecta a sectores muy reducidos de la población, por más influyentes que sean ideológicamente.

Si la autora se hubiese decidido a abandonar el reino de lo teórico y prestado una mayor atención a la relación entre los males de lo íntimo y la estructura social en que se originan, hubiera podido presentar propuestas de cambio firmemente asentadas en la realidad. Me permito recordar que Helena Béjar tacha con acierto de voluntaristas los intentos de reconstrucción de la esfera íntima consistentes en la regeneración de la moral o la reivindicación de la familia tradicional, pero no brinda ninguna alternativa. Así, queda sumida en la penumbra la posible imbricación del neoindividualismo con fenómenos tales como la crisis económica, el resurgir del conservadurismo y la nueva mayoría moral, por no citar más que unos pocos. En particular, echamos en falta un análisis de la relación de la moral del intimismo con cuestiones

como la crisis de la institución matrimonial, los problemas de la pareja, el aumento de la tasa de divorcios, la cohabitación marital, el incremento de la soledad como forma de residencia, etc.

En conexión con todo lo antedicho, se nota la ausencia del tratamiento del papel de la familia en el proceso de privatización y en la aparición de la moral intimista. En el capítulo sobre «La privatización de las costumbres: Una visión histórica» faltan algunos apuntes sobre la historia de la familia, disciplina que en los últimos veinte años ha registrado avances espectaculares. Investigadores como Laslett, Macfarlane, Stone, Shorter, no aparecen en la bibliografía, mientras que otros como Ariès o Flandrin son mencionados pero no como cultivadores de esta especialidad. Asimismo, sorprende que sean silenciadas las contribuciones sobre la

familia de autores citados profusamente por Helena Béjar como Sennett (*Families against the City*) o Lasch (*Haven in a Heartless World*). Siendo así que la familia es el espacio donde se forjan los valores sociales primarios y la institución que media entre la estructura social global y la formación de la personalidad, es de lamentar que no se haya tratado más a fondo en una obra dedicada al ámbito de lo privado cuya pretensión es precisamente comprender el carácter narcisista propio de nuestro tiempo. No obstante, como ya se ha señalado anteriormente, todas esas insuficiencias son menores y no llegan a empañar el acierto general de *El ámbito íntimo*, que está destinado a ocupar un lugar de importancia dentro de la producción sociológica reciente en España.

Lluís FLAQUER

MICHEL MAFFESOLI

Le temps des tribus

(Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse)

(París, Méridiens Klincksieck, 1988)

Una sociología «vagabunda» (p. 13) y «soñadora» (p. 100) es la propuesta teórica que atraviesa el nuevo libro de Maffesoli, *Le temps des tribus*. Su hipótesis es la siguiente: existe una centralidad subterránea informal que asegura la permanencia de la vida en sociedad. Nuestro fin de siglo exhibe una *socialidad* caracterizada por una dialéctica constante entre la ma-

sificación creciente y el desarrollo de unos microgrupos llamados tribus. Este neotribalismo está creando un clima «holista» que conlleva el resurgimiento de un *ethos* centrado en la proximidad y la organicidad de todas las cosas. Somos testigos de un reencantamiento del mundo que tiene como fundamento una sensibilidad vivida en común.

El libro se opone de manera explícita a las teorías del neoindividualismo, que Maffesoli entiende como un conjunto de lugares comunes cuando no simplemente como la expresión del desarraigo de ciertos intelectuales: «Nuestra hipótesis, contra aquellos que lamentan el fin de los grandes valores colectivos y el repliegue sobre el individuo (...) es que precisamente el hecho nuevo que se desarrolla es la multiplicación de los pequeños grupos de redes existenciales: una suerte de tribalismo que descansa a la vez sobre el espíritu de religión (*re-ligare*) y sobre el localismo (proxemia, naturaleza)» (p. 59). El modelo racional de Occidente (el individuo, las relaciones contractuales, la perspectiva política, etc.) está en vías de saturación. A la muerte del *burguesismo* sucede la centralidad de lo cercano y lo afectivo; a la decadencia de lo político (el *désenagement* ideológico) sigue una vitalidad social renovada. Asistimos a la sustitución del individuo por la persona, al reemplazo de una identidad estable por un portador de máscaras sucesivas en esferas sociales cambiantes. En este sentido, Maffesoli se sitúa «más allá de la política», que constituía el eje de la modernidad; es a partir de lo social puro, de lo local, cómo se determina la posmodernidad. Frente a la dimensión contractual de la vida colectiva, nuestro tiempo pertenece al orden de la fusión, que privilegia la dimensión afectiva y sensible sobre la racional.

Entre los autores citados en un texto caracterizado por una excesiva repetición de las ideas principales y por

el desorden expositivo del argumento, dos destacan de una manera clara, a saber, Durkheim y Simmel. Del primero, Maffesoli retoma la idea de que toda efervescencia social es estructuralmente fundadora. Si el último Durkheim sostiene que el sentimiento compartido es la base de la cohesión social, Maffesoli alude a una *trascendencia inmanente* que recorre las sociedades —se supone que las occidentales, aunque el asunto no está nada claro— y que genera un «alma colectiva». La nueva *potencia* se basa en el vitalismo, en una suerte de pulsión lúdica propia de un orden dionisiaco (y aquí el autor remite a otra de sus obras, *La conquête du présent*). No es ya el individuo el principio y el fin del todo social —tal como creen los catastrofistas individualistas—, sino el colectivo, la comunidad, la tribu.

La otra fuente de inspiración es Simmel y su noción «concéntrica» de la sociedad, compuesta por un conjunto de círculos que se entrecruzan. Simmeliana es, asimismo, la idea de la multiplicidad de estilos de la sociedad moderna, que Maffesoli recoge bajo la noción de «policulturalismo», esto es, un «avance irreprimible de lo plural en todas sus formas en nuestras sociedades» (p. 131). Ocurre, sin embargo, que lo que en Simmel es un rasgo de un orden contradictorio que el individuo vive en continua tensión, en Maffesoli aparece como un síntoma de una «pasión social incontrovertible» (p. 140). Así, Maffesoli acaba haciendo aquello que censura en los negros profetas del individualismo —moralizar los procesos socia-

les—, pero ahora augurando un futuro optimista gobernado por los elementos no racionales de la vida social. Por otra parte, su lectura de los clásicos no deja de ser peculiar. Así, su interpretación de *La división del trabajo social* como una teorización de una «pasión social» —la que instauraría la solidaridad orgánica— o la dialéctica simmeliana de la proximidad y el alejamiento —en «El secreto y la sociedad secreta»— como una prueba del nuevo vitalismo, dejando de lado la insistencia de los clásicos en la naturaleza ambivalente de la sociedad moderna, simultáneamente promesa de libertad y fuente de nuevas cadenas.

Junto con el policulturalismo, otros dos fenómenos definen nuestro tiempo, el tribalismo y la *proxemia*. El tiempo de las tribus descansa en un *relacionismo* gobernado por la pulsión emocional, así como por un *relativismo afectivo* dominado por una «auto-suficiencia grupal». Cada tribu es para sí su propio absoluto. Los movimientos ecologistas, feministas, homosexuales, etc., son importantes, más que por sus objetivos sociales concretos, «por la energía que se gasta para la constitución del grupo como tal» (p. 123). Lo relevante es, pues, no ya la revitalización de una sociedad civil (a la que Maffesoli no alude nunca) que ha abandonado el interés por lo político, sino la expresión de la creatividad de las masas (noción de la que Maffesoli hace un uso acrítico). La función principal de las tribus es «darse calor». Se diría que Maffesoli confunde la vitalidad de una sociedad con la mera pluralidad. Esta identi-

cación propicia su optimismo para con la *agregación* contemporánea; así, los acontecimientos deportivos, la furia consumista en los grandes almacenes, el movimiento que se observa en las grandes ciudades, las playas atestadas o la música *non-stop* que todo lo invade, son para nuestro autor muestras todas de un *horror vacui*, de un tribalismo que contraviene el supuesto individualismo que caracteriza nuestro tiempo.

La cuestión es juntarse. La *proxemia* (es decir, la prevalencia de lo local sobre lo global) funda una nueva ética que genera un particular sentimiento de pertenencia. Pero como el *ethos* tribal se basa en un «egoísmo de grupo» (visible en el carácter excluyente de los territorios urbanos, tales como barrios o bares), no se acaba de ver cómo se construye esa vitalidad social tan afirmada. O, lo que es lo mismo, los círculos sociales permanecen concéntricos. Tampoco se entiende cómo a través de un *tribalismo efímero* (del que Maffesoli no da más ejemplo que las uniones deportivas o amistosas) se alcanza una nueva solidaridad orgánica compuesta por una «red de redes» cuya naturaleza es estructural, no voluntaria («todo individuo es menos actuante que actuado», p. 178).

Finalmente, el autor defiende la necesidad de una revolución teórica que conciba la esfera social compuesta no por elementos que se suman, es decir, por individuos, sino por un espacio donde todo se conjuga, «se multiplica y se desmultiplica formando figuras caleidoscópicas de contornos cambiantes y diversificados» (p. 181).

Como propuesta para un giro copernicano en la comprensión de la sociedad moderna, no parece suficiente. La metáfora dionisiaca del desorden, en la cual Maffesoli se sumerge gozosamente a lo largo de doscientas páginas, es una muestra de cierta sociología que hizo furor años atrás y que parecía emboscada últimamente. Al cabo, para hacer este viaje contra el

neoindividualismo no se precisaban semejantes alforjas. Esperemos que la necesaria teorización del futuro de la sociedad civil, de sus protagonistas —individuos o tribus— y de sus valores, venga por otras vías que la afirmación apasionada de la confusión grupal.

Helena BÉJAR

MARÍA CÁTEDRA
La muerte y otros mundos
 (Gijón, Júcar Universidad, 1988)

No abundan precisamente los estudios sobre un tema como el que se aborda en este libro. Menos, los buenos estudios. Este lo es, y mucho.

Tal vez no sea ocioso comenzar este comentario preguntándose por esa carencia. Aunque eso ya por sí sólo podría ser otro trabajo. Quizá sea éste —si alguna vez hubo alguno— el *tema de nuestro tiempo*, del tiempo nuestro de finales de siglo. No deja de ser curioso o sorprendente, pero en cualquier caso significativo, que sea un siglo como el nuestro que en tantos aspectos ha convivido con la muerte el que la haya relegado al olvido. Nuestra circunstancia histórica, se ha dicho y repetido, que ha violado o desvelado tanto tabú, ha venido a entronizar éste. Y no cabe duda de que de todas las actitudes posibles ante la muerte —resignación, terror, angustia, esperanza...— la más incomprensible o la más estúpida es la de nuestros días: ignorarla, ocultarla,

no hablar de ella. O, lo que es lo mismo, confinarla a la neutralidad aséptica de los hospitales o de los sanatorios de los extrarradios urbanos. Se aísla así la muerte, física y socialmente, cuando la gran hecatombe nos amenaza como nunca, quién sabe si tratando de embrumar una de las pocas certezas que tenemos: que nos morimos.

Pues bien, este libro nos presenta el reverso de esa realidad que nos es tan cercana. También su autora nos recuerda cómo este tabú de la muerte alcanza a quienes, como antropólogos, deberíamos ser más bien desveladores del mismo. Ella lo ha violado y el resultado es una magistral descripción de un grupo humano y de sus —valga su paradoja— modos y formas de «experimentar la muerte» (p. 474). Aunque también es más que esto. Es, también, la vía de acceso a esos *otros mundos* vaqueiros que el título de la obra anuncia, si bien todos ellos re-

lacionados de una u otra forma con la muerte. Se trata de la enfermedad, de los ritos que siguen al entierro o que lo prolongan y de los seres sobrenaturales. Junto con el estudio de las clases de muerte y de las circunstancias que la rodean, éste es el marco de las cosmologías de estos asturianos de las brañas.

Hay que hacer una breve advertencia en relación con esto último. Precisamente porque la autora ha centrado sus miras en las categorizaciones mentales y simbólicas de estas gentes, el lector del libro deberá buscar en otro sitio si quiere conocer más cosas respecto a los *modos de vida* de los vaqueiros. Referencias bibliográficas —algunas de la propia autora— no faltan en el libro que comentamos y que pueden dar cumplida respuesta a posibles preguntas en ese sentido. Pero a esto volveré un poco después.

La obra, por el contrario, da bien a conocer esas otras dimensiones a menudo soslayadas. En ello estriba —conviene recalcarlo— la gran aportación de la autora. Dimensiones que ella nos muestra en su intrincada trabazón con las más habituales y cotidianas de la vida vaqueira. Muerte y vida, en esa cosmología, no se excluyen, sino que se complementan. La autora (que muestra, como hemos visto y veremos, notable afición por la paradoja) sintetiza del modo siguiente muchas páginas de su libro: «A lo largo de estas líneas se habrá podido apreciar que la transformación de vivo a muerto no es instantánea, sino que forma parte de una elaborada y compleja transición. La noción de espíritu

surge en este período como expresión de que una parte del vaqueiro muere en vida y también otra parte suya continúa viviendo después de su fallecimiento. La intuición y anticipación de la muerte se une a la memoria y el recuerdo de los muertos en la última despedida del ser humano, extendiéndose tenuemente a través de un *continuum*. El aprender a ser muerto es como aprender a vivir, una cuestión de tiempo» (p. 431).

Con el detallado análisis de todo ello cubre M.^a Cátedra esa laguna antropológica consistente en haber «prestado poca atención a la parte de vida que la muerte contiene» (página 468). Y puesto que la muerte está, es y forma parte de la vida, la autora la convierte en esa especie de hilo conductor de su obra. El más acá de los trabajos y los días y el más allá de los seres espirituales están engarzados por o a través de la muerte y sólo adquieren sentido así, globalmente.

La antropóloga nos muestra de ese modo una cultura «donde la muerte se discute con frecuencia y naturalidad y donde el suicidio bajo ciertas condiciones se considera aceptable» (pp. 467-468). Y esta convivencia vaqueira con la muerte —tan ajena a nuestra circunstancia ya— va pareja con una interesante taxonomía de la misma: «buena muerte», «muerte mala», «muerte desgraciada» y sus subdivisiones. Con lo cual cabe suponer que la fatalidad del momento final se puede hacer más llevadera. Sencillamente, porque esa categorización cultural de la muerte ofrece apariencias de opcionalidad. Y, en todo caso, ahí

está si no el suicidio. Pero, además, la taxonomía revela de nuevo la trabazón íntima de muerte y vida, ya que la bondad o maldad de la muerte poco o nada tiene que ver con dimensiones trascendentes, sino con la situación del individuo en la vida y en el grupo de los vivos.

Ni que decir tiene que estos pocos aspectos que acabo de resaltar no son sino retazos de una obra que, so pretexto de la muerte, trata de otras muchas cosas completamente vitales. La conmemoración misma de la muerte tras el luto, el «cabo de año», trae la fiesta. Tras la muerte, siempre la vida. Dimensión cíclica, complementaria, de la que, por supuesto, carece nuestro tiempo lineal. Y, nos recordará la propia autora, el tiempo mismo, como sabemos, es un concepto cultural.

Por oficio, uno está obligado siempre a mostrar cierta circunspección ante cualquier trabajo intelectual por riguroso que sea, sobre todo tras haber disimulado mal el juicio globalmente muy favorable que le ha producido éste que comenta. Vamos a ello, pues. Para empezar, creo que hay que apuntar al evidente desequilibrio entre la información oral recogida por la autora —transcrita literalmente en estas páginas— y la observación de comportamientos y hechos concretos. La primera es realmente rica, casi abrumadora; la segunda, magra, sucinta, parece jugar más que nada el papel de control de aquélla. Que ello sea así puede revelar algo no muy frecuente en monografías de antropólogos: la honradez y meticulosidad de la autora, que no

ha querido presentar como observado lo que sus informantes le narraron. La misma opción adoptada por la antropóloga (esto es, estudio prioritario, casi exclusivo, del mundo de creencias vaqueiras, verbalizadas en sus propios términos) impone en gran medida que las cosas sean de ese modo. Pero con dos consecuencias, sea como sea. La primera es una cierta —más aparente que real— reiteración en determinados temas. La segunda, que el material etnográfico se remite más al pasado que al presente. Dicho de otro modo, prima en toda la obra el acento en la «vida tradicional» frente al interés por sus cambios y modificaciones, si bien a éstos se alude en ocasiones.

De igual modo, aunque en el libro se apunte a diferencias económicas entre vaqueiros (por ejemplo, pp. 88, 172, 143-144, 173, 240, 319), su incidencia en la organización social y simbólica parece imperceptible. Falta quizá también en esta obra (aunque recuerdo lo apuntado antes al respecto) un capítulo donde el lector quede informado acerca de factores infraestructurales y de dinámica social. Como pienso que hubiese sido igualmente deseable que los datos estadísticos incluidos en el capítulo dedicado al suicidio se repitieran en otros (esto es, pirámides de población, tablas de edades de muerte, la mortalidad y sus causas, etc.). Por último, estimo que un glosario de términos locales y dialectales a modo de apéndice hubiera evitado las excesivamente abundantes aclaraciones entre paréntesis esparcidas a lo largo de la obra. Obra que ofrece, además, huellas de una con-

fección «estratigráfica», esto es, donde la autora ha ido dejando, en sucesivos estratos temporales, trazos tanto de su acercamiento al mundo vaqueiro como de su propia evolución intelectual y personal.

Ya para terminar, me gustaría resaltar dos cosas más. Una —ya he aludido varias veces a ello—, que el libro ofrece no sólo una excelente descripción de un grupo humano, sino también muchas ocasiones de reflexio-

nar sobre nuestro inmediato entorno en lo que tiene de absurda racionalidad. Otra, que esta obra se lee con desusada facilidad. Tiene este libro esa rara virtud de combinar sencillez expositiva y profundidad de análisis. Pocas obras en nuestra disciplina consiguen ese difícil equilibrio. Por lo general, tendemos a cojear de ramplojería o de pedantería. A veces, de ambas.

Enrique LUQUE BAENA

ALAIN MINC

El síndrome finlandés. Europa ante el siglo XXI

(Barcelona, Península, 1988)

Atención a la propuesta de Minc en el mundo contemporáneo, caracterizado por un profuso y, a veces, desconcertante debate sobre opciones de política económica, figuraciones y modelos para el futuro. Se trata nada menos que de un «liberalismo de izquierdas». Cosa que era de esperar a la vista de la generalizada insistencia contemporánea en la inoportunidad e inutilidad de los empeños ideológicos rígidos. Efectivamente, a excepción de los fundamentalistas islámicos, parece como si todo el mundo hoy creyera que, sea cual sea su credo político, lo peor que puede hacer es ejercitarlo de modo extremo o radical. La moderación es el símbolo de la época, y esta moderación afecta, asimismo, al contenido de las propuestas políticas. Y la manera de conseguir tal moderación en las propuestas políticas es mezclarlas con sus contrarias.

Véase un caso opuesto y considérese su resultado: el neoliberalismo de la revolución conservadora tiene tendencia a formularse en términos extremos. Un retorno a Adam Smith conduce a una visión fríamente mercantil de la convivencia humana. Por si alguien abriga aún alguna duda acerca no ya de la eficacia del mercado, sino también de su intrínseca superioridad moral, el *Institute for Economic Affairs* ha encargado un trabajo de investigación al profesor Acton cuyo resultado ha sido una obra de relegitimación del capitalismo liberal, *La moral del mercado*. Pero esta corriente ha perdido la mitad de su atractivo, es posible que a causa de su falta de moderación y de su intransigencia. Hoy parece ya patente, y así lo señala Minc en su obra, que los Estados Unidos han puesto en marcha una *reaganomics*

cuyo resultado, con clara evidencia, no se ajusta a canon alguno de previsibilidad económica: un crecimiento elevado, baja tasa de inflación, baja tasa de paro (situada en torno al 6 por 100 y con la convicción cuasi unánime de que no será posible reducirla más, so pena de generar presiones inflacionistas) y dos déficit inmensos, el de la balanza comercial y el presupuestario. El primero permite suponer que el esfuerzo de ajuste que habrá de hacer el presidente próximo de los Estados Unidos puede dar al traste con las otras intenciones programáticas. Por lo demás, ¿acaso el déficit presupuestario no prueba que la política económica de Reagan ha seguido siendo keynesiana *malgré elle même*? David Stockman, otrora adalid de un liberalismo manchesteriano, levantaba melancólica acta al comienzo del segundo mandato de Reagan al escribir *El triunfo de la política* (una especie de breve memoria política amarga). Desaparecido, pues, el padrino teórico del reaganismo, al neoliberalismo conservador extremo sólo le queda la *Salisbury Review* y el particular acierto y la audacia políticos del gobierno de la Sra. Thatcher.

Alejado, por tanto, de toda formulación doctrinaria, como era de esperar, el liberalismo se hace sensible a propuestas tradicionalmente adversas, a aspectos sociales de la gestión pública y a criterios asistenciales y de previsión hasta poco ha ajenos a él. Y una actitud de este tipo quiere verse a sí misma como tendencialmente progresista. De ahí la feliz fórmula del liberalismo de izquierdas. En el

caso de nuestro autor, se trata de una confesión política que traduce al sujeto lo que ve en el objeto como libertarismo liberal en el caso de los jóvenes actuales, cuya indiferencia ante lo político quizá sea el signo distintivo más característico de nuestra época (pp. 100-101).

La primera parte de la obra de Minc es una reelaboración de las viejas preocupaciones en sus libros anteriores, el *Informe Nora-Minc* y, sobre todo, *El desafío del futuro*. El relato no carece de interés y también de cierta intriga, pero se enfrenta a la insidiosa sospecha que levanta su cuasi manifiesto aspecto geopolítico. No obstante, helo aquí: la guerra es un impensado y no puede contarse con ella para nada (por lo demás, tampoco el contar con ella ayuda gran cosa a mantener unas relaciones sociales estables y a seguro), lo cual tiene efectos destructivos sobre aquella esperanza que el cinismo hacía descansar en la capacidad destructiva de mano de obra y riqueza de los conflictos bélicos, con la consiguiente solución de los problemas de recesión y crisis económicas. La regresión de la tasa de natalidad en Europa es imparable. Hasta la antes prolífica España se encuentra hoy día por debajo de la pura tasa de reproducción, que es del 2,1 por 100. Ello no reviste la alarmada gravedad que agobiaba a nuestros abuelos. No hace aparecer en lontananza a las hordas amarillas. Lo que ahora aparece como amenaza son las legiones de ancianos y la temible quiebra de los sistemas de seguridad social. El comercio internacional se ha trastornado y pervertido

a extremos inenarrables y el orden social parece venírsenos abajo en torno nuestro, sin que sepamos a estas alturas a ciencia cierta qué tejas caerán sobre qué cabezas.

El libro del joven tecnócrata francés presenta un gran interés en el momento en que abandona la distanciada, profesoral e irónica actitud frente a la realidad para encararse con su realidad particular, en la que, sin percatarse, incluso llega a estar personalmente implicado: el de la eterna cuestión alemana. Con un muy escueto análisis, a nuestro entender, el autor consigue manifestar un conocimiento y comprensión de la Alemania histórica y presente muy acertado y oportuno. Sus observaciones sobre la cogestión alemana abren una interesante y prometedora vía de investigación que puede ayudar a entender de qué modo responderá el mundo laboral a la unificación del mercado europeo a partir del 1 de enero de 1993.

Pero lo más importante de la obra, en especial siendo francés el autor, es el análisis de las relaciones interalemanas. Ha visto con agudeza el conflicto planteado en la expresión de Von Weizsäcker entre razón de Estado y razón nacional. No parece tan afortunado, sin embargo, en el estudio de la *östopolitik*, advirtiendo, sin embargo, que este estudio tiene también una importancia muy distinta ahora, después de la Conferencia de Helsinki, que cuando se puso aquella en marcha por primera vez.

En todo caso, el resultado de la evolución reciente de Europa, en un contexto de crisis y recesión econó-

micas como el de la segunda parte del siglo xx, tiene tanto que ver con las verosimilitudes de un mundo en perpetua transformación, en el que todo es posible, como con las viejas angustias de los europeos, empeñados en no interesarse sino por su propia aniquilación. Dos conceptos maneja Minc, por otro lado relativamente imprecisos, para subrayar esta especie de curiosa entropía política en el viejo continente: el de la finlandización y el de Europa-Hong Kong. En el fondo, los dos están acuñados mirando hacia la Unión Soviética. De donde se sigue la intuición de que tampoco las cosas cambian con tanto ahínco y la huella de De Gaulle ha sido más profunda en el espíritu de los intelectuales franceses de lo que ellos mismos quieren reconocer.

Finlandizar, o, mejor dicho, pues este verbo parece tener mayor venta en voz pasiva, ser finlandizado, quiere decir, entiendo, poseer un *status* político nulo en el concierto de las naciones y seguir una política de neutralidad impuesta por el equilibrio de los poderes. Neutralidad forzada, que ignora las tendencias habituales de la población y que, en el fondo, supone una merma de las facultades soberanas. Por otro lado, Europa-Hong Kong sería aquella situación en que el viejo continente perdería su impulso secular, su capacidad de iniciativa e invención, su influencia sobre el resto del planeta, para convertirse en un lugar de intensa, acelerada, artificial producción al servicio de necesidades allende sus fronteras. En el fondo, el cuadro dibujado, es de reiterar, responde a las tres preocupa-

ciones de Minc: confusión alemana, desenganche norteamericano y presión soviética.

Sobre la confusión alemana hemos visto ya algo. Y también dicho que el punto de vista de nuestro autor es de notable interés. Pero sin olvidar su fundamental galicismo. Francia llega a comprender a Alemania... siempre que continúe dividida. Ciertamente, cuarenta años después descubre —o dice descubrir— que la pieza teutónica era la más defectuosa en la construcción de Europa. Pues, ¡cómo!, se percata de repente Minc, ¡desde el momento en que, gracias a la razón nacional, no hay aduanas entre las dos Alemanias, la Comunidad Europea carece de fronteras hacia el Este! Sin embargo, no reside aquí el problema. El problema es que, cada día que pasa, la República Federal recupera fuerza y ya comienza a negarse a sufragar el desastre de la Política Agrícola Común, aquella forma que se encontró a partir de 1957 de que la República Federal siguiera pagando una deuda de guerra inconfesa, como una forma de tributo ladino para que se le permitiera tener la relevancia política internacional a que, en el fondo, le daba derecho su prosperidad económica.

En el desenganche norteamericano resuena el eco de preocupaciones antañonas: tanto la tendencia estadounidense al aislamiento como la repetición de *la grande peur*, ya tradicional en Francia luego de alguna revolución o alguna guerra. La posibilidad no está más que levemente insinuada en el libro de Minc. Los norteamericanos pueden tener la conciencia de que

los europeos no pagamos suficientemente por nuestra defensa; en todo caso, cualquiera entiende que tal actitud es la más sensata que adoptar pueda quien esté empeñado en un proceso de negociación: lo mejor es decir siempre que uno paga más de la cuenta. Hoy día, los Estados Unidos saben que no hay vuelta posible al aislamiento: las relaciones políticas internacionales se mueven en un terreno de obligadas interrelaciones comerciales y económicas en general. Cualquier Estado que trate de separarse de esta vinculación labra su propia catástrofe. Claro que cabe entender el «desenganche» como la posibilidad de que los EE. UU. recorten la protección que ofrece el paraguas nuclear. No es, sin embargo, ésta una perspectiva especialmente intranquilizadora. Minc mismo pone en la picota la dislocada lógica de las diferentes políticas internacionales, desde el equilibrio del terror hasta la destrucción mutua asegurada o la revancha masiva y cualquiera de sus formas de disuasión. En último término, un desenganche nuclear norteamericano también podría alimentar en Europa la fuerza de convicción de quienes abogan por un entendimiento con los soviéticos, al amparo de la prédica gorbachoviana acerca de Europa como «casa común».

Ello nos conduce al tercer y último orden de preocupación de Minc en su libro, esto es, la consabida presión soviética. Por desgracia, poco es lo que cabe descubrir al respecto, dado que si bien Minc admite que el proceso de la *perestroika* en la Unión Soviética y otros países socialistas es de

gran importancia en el mundo contemporáneo, al propio tiempo insiste en que no es posible decir casi nada sensato al respecto, habida cuenta del carácter cerrado e impenetrable de estas sociedades para las metodologías científico-sociales de Occidente. Su estudio de la cuestión se limita a plantear interrogantes sobre la capacidad de resistencia de la URSS y a elaborar hipótesis, en el entendimiento de que unas son más verosímiles que las otras. Así, merece la pena reseñar que encuentra harto improbables tanto la democratización de la Unión Soviética como la de los demás países del Este con la pasividad de la URSS. En cambio, se inclina más por admitir una hipótesis que abarque las «múltiples formas» del endurecimiento soviético posible.

El libro de Minc termina su diagnóstico geoestratégico y geopolítico en general haciendo recomendaciones respecto a la función que quepa a Francia en una Europa segura y en paz en la cual —de algo ha de servir aquí el liberalismo de izquierdas de nuestro autor— el Estado del bienestar camina hacia su aniquilación, pero no del todo; la seguridad social

hará quiebra, pero encontrará una población preparada para ello mediante planes privados de jubilación; la asistencia sanitaria y otras prestaciones se harán insostenibles, pero el Estado podrá atender a quienes no tengan recursos para valerse por sí mismos. Políticamente, Francia atenderá a sus intereses y a los de la construcción de Europa siendo generosa con Alemania y garantizando su defensa, incluso con protección nuclear.

Esta generosidad, por lo demás, tampoco es tan inmaculada. Minc recoge la tan repetida oferta del ex canciller Helmut Schmidt de pagar por la cobertura nuclear francesa sin recabar para Alemania capacidad de decisión en la gestión del armamento atómico.

Somos el resto de los europeos quienes tendríamos que estudiar con más detenimiento la situación y llegar a un acuerdo respecto a este intento, cada vez más patente, de articular la mucha o poca unidad política de Europa que pueda haber en torno al eje Francia-Alemania Federal.

Ramón GARCÍA COTARELO

AREND LIJPHART

Las democracias contemporáneas

(Barcelona, Ariel, 1987)

No significa descubrir nada nuevo el decir que nos encontramos ante una obra de magnitud en Ciencia Política. Cualquier estudioso de la ma-

teria reconoce el nombre de Arend Lijphart y su influencia en aquel campo de las Ciencias Sociales.

Sin embargo, también es cierto que

la obra del profesor holandés no se ha traducido al lector castellano, por lo que, desgraciadamente, hay que admitir una escasa repercusión a nivel divulgativo en nuestro país. Primer punto para la felicitación sería, pues, el hallarnos ante la traducción de una obra clásica.

Ahora bien, este libro que ahora aparece dentro de la colección Ariel Ciencia Política no es la traducción literal del famoso libro *Democracy in Plural Societies: A Comparative Exploration*, sino que es un trabajo de mayor envergadura, revisado y completado, ya que no en vano han transcurrido diez años.

Lijphart ofrece ahora una amplísima visión de las democracias, en plural, contemporáneas. Con ello ya significamos la idea de variedad dentro de un género.

Con una metodología distinta a la del famoso *Democracy...*, donde básicamente se hablaba de la Democracia Consociacional, construye dos modelos equidistantes de democracia, en torno a los cuales explica las distintas soluciones reales a los problemas que se plantean a estos regímenes.

Para acometer tal tarea parte de la observación empírica y el estudio de veinticinco regímenes democráticos, instaurados en veinticuatro países, ya que desdobra la IV y la V Repúblicas francesas. Los motivos que le llevan a dicha selección no son difíciles de aprehender; no obstante, quedan sistemáticamente expuestos por el autor.

Los dos modelos de referencia, inmersos en el ámbito de la democracia representativa, que diseña Lijphart son el modelo de democracia mayo-

ritaria (Westminster) y el modelo de la democracia de consenso. Cada modelo pasa a ser definido en función de unos elementos.

La mecánica del autor consiste en analizar, capítulo por capítulo y pormenorizando detalles y con ejemplos de apoyo, cada una de las premisas que sostienen los modelos, de forma comparativa.

La introducción del método comparativo conduce al lector a tener siempre presente ambos modelos, ayudándole, pues, en su comprensión global.

Comienza con el poder ejecutivo, debatiendo entre el dominio de la mayoría y el gobierno de coalición. Las relaciones entre ejecutivo y legislativo, donde las variantes contempladas median entre el gobierno parlamentario y el presidencial.

Por lo que concierne al parlamento, la clasificación oscila entre el unicameralismo, que el autor asocia a concentración del poder legislativo, y el bicameralismo, que traduce como distribución de aquél, todo ello completado con abundantes referencias prácticas.

Al llegar a la consideración de los sistemas de partidos, a los que dedica dos capítulos, el profesor Lijphardt agudiza su criterio, ya que su análisis sobre el bipartidismo y el multipartidismo, como coordinadas definitivas de ambos modelos, se convierte en un preciso examen de las distintas realidades observadas. El apartado titulado «Crítica de la teoría del bipartidismo» aporta importantes puntos de vista que restan rigidez a un viejo esquema imperante en la Ciencia Po-

lítica europea, tras el primer estudio de Duverger, que asociaba bipartidismo a estabilidad gubernamental, infiriéndose así una extrapolación entre inestabilidad del gabinete y perdurabilidad del régimen democrático.

Por otro lado, acentúa la necesidad, junto con G. Sartori, de delimitar bien qué partidos son los que verdaderamente cuentan a la hora de definir un sistema de partidos.

El otro capítulo referente al sistema de partidos se revela muy interesante, al establecer las dimensiones políticas de la pugna entre partidos. Desde la simplificación de dicha lucha en el modelo mayoritario hasta la afloración de múltiples variables a considerar dentro de la democracia de consenso. Lijphardt juega con siete de aquéllas para elaborar sus conclusiones.

Llegando el turno a los sistemas electorales, donde, a pesar de atribuir drásticamente al modelo de Westminster el distrito uninominal y el escrutinio mayoritario y al modelo de consenso el uso de la representación proporcional, añade, asimismo, una serie de dimensiones electorales que no se pueden desdeñar; antes al contrario, evaluarlas en su justa medida.

Otra de las claves de identificación entre modelos es el alineamiento del modelo mayoritario con el Estado unitario y centralizado, mientras que el modelo de consenso se asocia con el Estado descentralizado y federal. Sobre este esquema, el autor aporta las distintas observaciones ilustrativas.

Por último, reseñamos el análisis del autor, dentro de ambos modelos, sobre tres temas puntuales, pero que

ofrecen importantes puntos de observación en el desarrollo de los regímenes democráticos modernos: si la Constitución es o no un texto escrito, si es o no un código unificado o un conjunto de leyes más o menos dispersas. En segundo lugar, qué tipo de control constitucional se ejerce y cuál es el procedimiento de reforma que pesa sobre la ley fundamental del Estado. Finalizando con un breve estudio acerca de la instrumentalización del referéndum, interesante sobre todo al recordar que estamos ante democracias fundamentalmente representativas.

Cabe mencionar, por otro lado, el capítulo número 13, fácilmente separable de la obra. Es, concretamente, el dedicado a las jóvenes democracias europeas, es decir, Grecia, Portugal y España. Su lectura resulta sumamente interesante no sólo por nuestra proximidad con el objeto planteado a estudio, sino porque resume el esquema general mantenido por el autor en toda la obra.

Arend Lijphart concluye explicando su metodología. El establecimiento del modelo supone, para él, tres vertientes distintas a la vez: por un lado, la construcción de un tipo racional que conduce a un modelo establecido y que, a su vez, puede funcionar al contrastarlo con la realidad como modelo empírico; lo que, dicho en otros términos, supondría la confluencia en un mismo sistema de estudio y exposición de un modelo válido como una abstracción de la realidad, pero que a la vez que sirve como marco de referencia aparece completado continuamente por las dis-

tintas versiones que la realidad política ofrece, entrelazado, como ya apuntamos, con una línea comparativa.

Esta mezcla de empirismo y comparativismo de la obra que comentamos, tal y como lo señala, además, el profesor Botella, autor de la introducción del libro, a lo que añadimos la profusa información que ofrece al

lector a través de los múltiples cuadros elaborados por Lijphart, en su afán de combinar tantas situaciones distintas dentro de un mismo fenómeno, lleva a nuestras manos una obra de fácil lectura, útil consulta e imprescindible presencia en cualquier biblioteca de estudioso en Ciencias Sociales.

Paloma ROMÁN MARUGÁN

HENRI WEBER

Vingt ans après. Que reste-t-il de 68?

(París, Editions du Seuil, 1988)

Son muchos los autores galos que han abordado, veinte años después, el misterioso Mayo francés: Michel-Antoine Burnier, Frédéric Bon, Jean-Marc Salmon, Patrick Rotman, Luc Ferry y Alain Renaut, Régis Debray, Laurent Joffrin y Gilles Lipovetsky son algunos de los nombres que vienen a la memoria en este contexto. A esta lista hay que añadir, de modo destacado, la obra del politólogo Henri Weber *Vingt ans après. Que reste-t-il de 68?*, quien también en calidad de actor reciclado —fue fundador con Alain Krivine, en 1965, de la *Jeunesse Communiste Révolutionnaire*— ofrece su propia interpretación de la primavera estudiantil.

No puede resultar extraña la enorme cantidad de estudios que, desde distintas perspectivas y enfoques, se han dedicado a explorar la insólita «revolución» si se toma en conside-

ración que las encuestas de opinión realizadas en Francia atestiguan que, a los ojos de los franceses, Mayo del 68 es el acontecimiento más importante desde la Segunda Guerra Mundial. Es un hecho que Mayo del 68 y su mito forman parte del alma colectiva del país. Fue algo más que el ya hecho histórico significativo de que los jóvenes ocuparan la escena pública.

Henri Weber, ex trotskista y hoy militante socialista, contribuye a lo largo de las 221 páginas que tiene el ensayo a poner de relieve la arrogancia, el fanatismo y el maniqueísmo presentes en el comportamiento de muchos «sesentayochistas» animados por el mesianismo revolucionario. Al igual que tantos otros pertenecientes a su generación y tras quitarse las anteojeras ideológicas, Henri Weber proclama que el ideal democrático constituye la gran idea revolucionaria

de Occidente: se trata de defender, consolidar, profundizar la democracia y extenderla a aquellas esferas de la vida social en las que ésta no existe más que en forma embrionaria. La crítica libertaria de una generación ha abierto la vía a una crítica liberal. La muerte de un movimiento tuvo efectos sociales y culturales a corto y medio plazo en todo el cuerpo social. Fracásó en los objetivos concretos que perseguía, pero la lucha juvenil contra toda forma de autoritarismo dio paso a la reivindicación madura, pero radical, de la individualidad.

De lo que fue, algo queda. La crisis ayudó a comprender que «si la sociedad perfecta no existe —escribe Henri Weber—, la sociedad absolutamente mala tampoco».

Así, pues, en el ensayo que nos ocupa, el politólogo francés lleva a debate varias cuestiones fundamentales que atañen tanto a la búsqueda de explicaciones acerca de los acontecimientos del 68 —reactivación de las ideologías revolucionarias en pleno bienestar económico de la sociedad de consumo, especificidad del Mayo francés, etc.— como al establecimiento, a finales de los ochenta, del balance y perspectivas de futuros desarrollos.

Es por ello por lo que el autor elige y confronta los análisis sociológicos más lúcidos. Raymond Aron y su «revolución inencontrable» merece, a juicio del autor, un comentario extenso, y ello por una doble razón: no sólo debido a que su interpretación de la crisis, efectuada en calien-

te, tiende hoy a imponerse, sino porque fue y sigue siendo la de las élites dirigentes. Más allá de la tesis del «psicodrama», del «carnaval», de la «gran liberación», del «acceso de demencia colectiva protagonizado por la juventud dorada del XVI^e *arrondissement*», Raymond Aron quiere comprender las causas profundas de la crisis. Sin embargo, tal y como era de esperar, la exactitud de algunos análisis aronianos no convence ni reconforta el ánimo de una generación que sintió esa «ilusión lírica» denunciada por André Malraux. Después de todo, Raymond Aron admitiría bastante más tarde que la conmoción había cambiado Francia para mejor.

Como era previsible, el autor maneja las interpretaciones de Alain Touraine, Michel Crozier, Henri Lefebvre y Edgar Morin, por citar aquí sólo las más penetrantes, y digno de reseñar es que, en un encomiable ejercicio de autocrítica, Henri Weber comienza el ensayo reconociendo y ofreciendo una explicación de por qué su propia interpretación al hilo de los *acontecimientos** era fácilmente falsable, quedando en 1975 definitivamente descartada.

Ahora bien, para el politólogo francés, la muerte de las grandes religiones de salvación, la desaparición de la cultura revolucionaria, no significa el fin de las utopías y de las ideologías: «Reduciéndose brutalmente el campo de lo posible —escribe Henri

* Daniel BENSARD y Henri WEBER, *Mai 68: Une répetition générale*, París, Maspero, 1968.

Weber—, reanimándose la vieja ansiedad, el antiguo temor ante el porvenir, la crisis hace un llamamiento al principio de realidad» (p. 189). Frente a la utopía liberal, hegemóni-

ca en los años ochenta, la única utopía movilizadora parece ser la utopía democrática.

Yolanda CASADO RODRÍGUEZ